mauricio lima

austeridad o barbarie

Los desafíos de vivir en un mundo exhausto

Índice

1. Los niños de la Gran Aceleración 15
2. Los dioses son verdes 25
3. Como polillas volando hacia la luz 31
4. Todos somos invasores 39
5. Vivir y morir en Gaia 49
6. El poder del agua 59
7. Rompiendo el hechizo 69
8. Una extraña forma de vida 79
9. Los mundos imposibles de Bruno 91
10. Entre algarrobos y fiofíos 101
11. El mundo de Diana 109
12. Mi territorio 119
13. La gran retirada 129

A Pancho Bozinovic, por los cambios de trayectoria que siempre me supo señalar, incluso con su ausencia

Todos somos, hombres y mujeres, cuerpos engendrados y mortales que debemos nuestras condiciones de habitabilidad a otros cuerpos engendrados y mortales de todos los tamaños y de todos los linajes.

Bruno Latour
After Lockdown: A methamorphosis

Prólogo

Como humanidad, estamos comenzando a vivir el ocaso de nuestro efímero y extravagante período de opulencia. Nuestra civilización basada en la energía de los combustibles fósiles se acerca a su fin. Dentro de algunas décadas –como mucho, un siglo– su época de apogeo será historia. Sin embargo, nuestros líderes políticos no dejan de prometernos que van a solucionar problemas claves, a pesar de que no parecen conocer sus causas. Mientras tanto, las catástrofes climáticas nos acorralan, las especies se extinguen y casi dos mil millones de personas en el planeta siguen viviendo como hace doscientos años. Por ese motivo, me pareció que valía la pena contar una historia diferente a la de los profetas del crecimiento económico infinito, la libertad y la autonomía.

Mientras seguimos creyendo que a nuestras hijas e hijos les espera un futuro más próspero, todo parece derrumbarse a nuestro alrededor. Con los audífonos puestos y mirando las pantallas de nuestros teléfonos celulares no somos capaces de alzar la vista y observar que el mundo va cambiando hacia una dirección opuesta a la que suponemos. Parecemos esos borrachos a los que se les cae la llave de la puerta de su casa y solo son capaces de buscarlas debajo de la luz del portal, cuando se encuentran a medio metro de sus pies, pero en la oscuridad.

Fue por eso que decidí poner en palabras mis sensaciones sobre los tiempos que vivimos. Los trece ensayos de este

libro fueron apareciendo ante mí; algunas veces eran recuerdos perdidos de la infancia y juventud, momentos vividos que se me aparecían de la nada y comenzaban a darme el pie para comenzar una narración. Son un tejido de diferentes historias que me ayudaron a desarrollar el arte de mirar hacia el costado, hacia atrás y tratar de subirme a la rama de un árbol para otear el horizonte, parecido a como mi perra Juno ventea con su hocico en el aire tratando de captar los olores que van llegando.

He pasado toda mi vida académica intentando entender y predecir la dinámica de los sistemas naturales y, con el tiempo, he aprendido que la intuición y el arte de entender el ritmo de los cambios a menudo se dan la mano. De repente, una serie de elementos que nunca habíamos conectado empiezan a formar un rompecabezas con piezas que parecen encajar. Los verbos imaginar, predecir, proyectar y entender se funden entre sí para contar historias y maneras diferentes de habitar este mundo. Con el tiempo, y sin darme cuenta, comencé a profundizar en el antiguo arte de prestar atención, y ahora quisiera compartir lo que aprendí con ustedes. En este libro, intento compartir mi tardío y humilde ejercicio de conectar con otras vidas no-humanas que comparten nuestros territorios.

No hablo de austeridad o barbarie para darle al lector una visión premonitoria y pesimista del futuro, sino para nombrar a nuestro presente y pasado reciente. La escritora Ursula K. Le Guin decía que la resistencia y el cambio suelen tener su inspiración en el arte y, especialmente, en el arte de forjar las palabras. Darle un nombre a las cosas, un escenario y una narrativa puede ser un conjuro que nos permita hacer caer el velo de nuestros ojos para percibir lugares alternativos y escondidos a los discursos dominantes.

A través de estos ensayos, propongo un ejercicio de imaginación para pensar territorios habitables, donde la austeridad sea entendida como un acto de resistencia a la barbarie de vivir

cada vez más aislados y autorreferentes, sin capacidad de relacionarnos entre nosotros y disolviendo cada vez más los vínculos y dependencias con los otros cohabitantes no humanos de este planeta. Es la barbarie de creer que las soluciones a problemas centrales de nuestras sociedades como la educación, la salud, la seguridad, el acceso al agua y la previsión social son de carácter individual. O la barbarie más absoluta: pensar que la compleja red de vida que ha evolucionado durante miles de millones de años es simplemente un recurso a nuestra disposición. Este libro es también una manera de ensayar una retirada de nuestra civilización hacia la austeridad.

Primero fue Sofía Rosa Rivero, colega de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y luego Leo Lagos, editor de la sección de ciencia del diario *La Diaria* de Uruguay, quienes me hicieron notar que el concepto de retirada utilizado en mi libro *De expansiones y retiradas: La historia poblacional del Homo sapiens* se conecta con las despedidas de las murgas montevideanas, con esa última canción que interpretan antes de partir hacia otro escenario. De repente, los recuerdos de mi infancia y juventud en Montevideo y las despedidas de las murgas en las noches de carnaval fueron abriendo nuevos senderos para imaginar una retirada de nuestra extraña forma de vida en un mundo exhausto.

Me inspiré además en el concepto de «intrusión» de Isabelle Stengers, es decir, cómo el mundo no-humano responde con violencia frente a nuestra expansión y a los abusos de nuestro «progreso», y pensé que la acción más natural era imaginarse nuestra retirada para dejar espacio a la diversidad de otras vidas. Sin embargo, después me di cuenta de que la idea no era tan original, ya que había sido usada por el químico atmosférico James Lovelock en su libro *La venganza de Gaia*.

Mientras converso con mis amigos en los bares de Montevideo, con algunos de mis colegas en la Universidad en Santiago

de Chile y con los estudiantes en mis clases, percibo cómo se va aferrando la idea del progreso capitalista basado en una economía verde, energías renovables y limpias. Cómo cobra fuerza la idea de un nuevo paraíso de sustentabilidad, innovaciones bioingenieriles y reducción de emisiones, en el fondo, el ecomodernismo de las élites más favorecidas. En realidad, no tengo idea de qué forma habitaremos estos territorios, y cómo encontraremos caminos diferentes a los que nos ofrecen los discursos de la libertad absoluta y la arrogancia de que solo dependemos de nuestra inteligencia y capacidades sociales.

Es casi imposible predecir cómo será la próxima transición social, política, económica y ecológica de la humanidad. Es difícil saber cómo funcionará una sociedad austera que priorice el planeta sobre nuestro propio bienestar material. Estos ensayos permiten imaginar otras maneras de habitar y vivir, para reflexionar sobre nuestros problemas comunes, sentirnos plebeyos y frágiles de nuevo en un mundo que nos susurra al oído lo poderosos, creativos e independientes que somos.

Espero que permitan vislumbrar futuros posibles y diferentes a los probables, para reagruparnos, resistir y enfrentarnos a la fuerza formidable de este sistema expansivo que venimos alimentando desde hace mucho tiempo. Que ofrezcan otra narrativa que contemple el cuidado de aquellas vidas que estamos devorando, preparándonos para enfrentar lo que se avecina, sin que el miedo y el nihilismo nos paralicen. Ojalá puedan ayudar a que nos formulemos las preguntas importantes: ¿De qué y quiénes realmente dependemos?, ¿quiénes son nuestros aliados y quiénes nuestros enemigos? Así descubriremos la experiencia de volver a pisar, cohabitar y reconocer nuestros territorios.

Mayo de 2024

1.
Los niños de la Gran Aceleración

Como un ritual religioso, cada fin de semana que jugaba Peñarol iba a almorzar a la casa de mis tíos. Aunque era un niño, tomaba el 157 en el barrio El Prado y bajaba al otro lado de Montevideo, en el barrio Pocitos, en la esquina de Canelones y Bulevar Artigas. Cruzaba la calle, impresionado por la escultura del león con su presa –un avestruz que yace a sus pies–, atravesaba la plaza Varela y tomaba avenida Brasil rumbo a Obligado, pasando al lado del monumento del viejo Vizcacha que aún me sigue intrigando. En la casa de mis tíos, los fines de semana cocinaba el tío Saúl. Solían ser ravioles caseros, de ricota o de sesos. Hasta el día de hoy, el olor del tuco y la pasta recién servida me llevan directo a la vieja casa de la calle Obligado. Recuerdo los adoquines, la sombra profunda de los árboles, la colección del Larousse ilustrado que me devoraba antes de almorzar y el cuarto de mi abuela.

Con mi primo Pepe no nos perdimos ningún partido de Peñarol entre 1972 y 1973. Luego del almuerzo, mi tío me daba la plata para las entradas y con Pepe partíamos emocionados al estadio. Caminábamos por las calles del barrio Pocitos para llegar al Estadio Centenario, justo en la esquina de las tribunas Ámsterdam y América. En la temporada de 1973 llegó Fernando Morena, uno de los futbolistas más célebres de Peñarol, y con él llegaron los goles, los abrazos con Pepe corriendo como locos por la platea América, los puños en alto del señor en silla de ruedas, la vuelta a la casa de mis tíos festejando y riendo.

Ese año fue extraño: Peñarol salió campeón, yo terminé la escuela, tuvimos un golpe militar en Uruguay, ocurrió la crisis mundial del petróleo y de a poco me fui separando de Pepe, a medida que la adolescencia me alejaba del niño que había sido. Durante las siguientes décadas, nunca más fui al estadio con mi primo. En paralelo, y sin que me diera cuenta, nuestra civilización consolidaba un proceso de expansión demográfica, de desconexión con el mundo natural y de consumo de energía tan formidable que modificó la faz de la Tierra como nunca antes en la historia. El Antropoceno,[1] la era de la dominación humana sobre el sistema terrestre, se desplegaba en toda su magnitud.

De niño vivía en un mundo sin límites, extenso y misterioso. Un mundo donde podía mirar hacia el cielo otoñal desde la azotea de mi casa y soñar con los lugares que visitaría en esos aviones que cruzaban el firmamento de Montevideo. Era un tiempo en el que era normal tomar agua en los bebederos del patio de la escuela, donde las nubes, la lluvia y las orugas verdes y negras que aparecían hacia final del verano en los árboles eran regalos de ese mundo inconmensurable e indiferente que me esperaba allá fuera para ser explorado. El futuro se abría frente a mí como un abanico lleno de posibilidades. La vida se expandía día a día, año a año. Me calmaba sentir el viento sur en el rostro y saber que durante los veranos era posible quedarse casi todo el día en la playa bajo un sol tibio y amigable.

Soy uno de los niños nacidos durante la Gran Aceleración,[2] ese corto período de tiempo desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta los años ochenta, donde la humanidad fue propulsada por la energía proveniente del petróleo. Fue el período más esplendoroso de la humanidad en términos de gasto de energía. En esas pocas décadas, se triplicó la tasa de crecimiento poblacional humano, el PBI global se multiplicó por siete, el volumen de consumo de agua dulce por cuatro, los viajes en avión por mil, el uso de energía por cinco, la producción de

plásticos en doscientas veces, la extracción de minerales como el cobre y el hierro aumentó diez veces, y en treinta veces la producción de cemento.

Ninguna civilización de la historia se había expandido y florecido de esa manera en solo treinta años. Mi generación es, en gran parte, la responsable de agregar a este mundo, año a año, más seres humanos, vacas, pollos, cerdos, motores de combustión, fertilizantes, redes de cables eléctricos, autopistas, teléfonos, computadores y trillones de dólares. Empujados por el inmenso flujo de energía de los combustibles fósiles, primero el carbón y después el petróleo, hemos construido una civilización gigante, como nunca se había conocido. Sin embargo, me da escalofríos pensar en el precio que pagaremos por eso.

Mientras nos expandimos, fuimos modificando la composición química de la atmósfera a tal punto de que en los últimos sesenta años la temperatura terrestre se ha incrementado en más de un grado. De hecho, el 2023 fue el año más caluroso desde que hay registros –en 1880–, y la concentración de CO_2 en la atmósfera es la más alta de los últimos tres millones de años. Hemos triplicado la captura de peces desde los océanos, duplicado la tasa de deforestación de los bosques, perdiendo la mitad de la biomasa de plantas terrestres.

El 96 % de la biomasa viviente de mamíferos somos los humanos y los animales domesticados para nuestro alimento –vacas, cerdos, ovejas–, mientras que el 70 % de la biomasa de aves de la Tierra la constituyen las aves de corral domésticas para consumo humano. Por si fuera poco, desde que comenzamos la agricultura, hace más de diez mil años, hemos convertido en monocultivos gran parte de la superficie de la Tierra y duplicamos la degradación de los ecosistemas terrestres, desencadenando una extinción masiva de especies.[3]

Soy parte de una generación privilegiada que ha disfrutado de un «efímero y extravagante período de prosperidad»[4], tal

como lo expresó hace un siglo el inglés Frederick Soddy, Premio Nobel de Química. Soy parte de una generación que creció pensando que el mundo era solo una enorme cantidad de recursos disponibles. Creíamos que era un mundo externo, alejado y separado de nuestra condición de humanos, de seres cercanos a dios, con quien compartimos su alma, su razón y su mente, mientras que de la naturaleza solo tenemos la carne, el cuerpo y los apetitos. Una dualidad que nos tiene atrapados y separados del mundo biológico y físico que nos sostiene. Una dualidad que nos ha comenzado a corroer a medida que el mundo se hace cada día más finito y reactivo.

¿Cómo compatibilizar estos dos mundos? Por un lado, está el mundo en *el que vivimos* como personas, trabajadores, padres, madres e hijos, donde podemos delimitar un territorio, una bandera, una misma lengua, una historia común y donde gozamos de libertad política y de consumo. Por otro lado, está *el mundo del que vivimos*[5] como seres vivos dependientes de otros organismos, consumidores de energía y materiales, y donde no somos libres ni autónomos, por el contrario, somos dependientes y heterónomos. Se produce una especie de esquizofrenia entre el supuesto hogar que habitamos –el mundo urbano de las leyes, del Estado, de las reglas de trabajo– y ese otro lugar del cual dependemos íntimamente, desde el cual extraemos nuestra comida, el agua, los materiales más básicos, donde vertemos nuestros desechos y desde donde extraemos la energía que nos sostiene.

¿De dónde provienen nuestros alimentos y energía? ¿Qué otros seres vivos, entidades, paisajes y territorios estamos devorando para satisfacer nuestras necesidades? ¿Podemos sobrevivir solos en el mundo en el que vivimos? Si cerramos las fronteras, ¿entramos todos?, ¿hasta dónde llegan nuestras libertades individuales en estos dos mudos? Durante décadas hemos sido incapaces de reconocer ese otro «mundo», *el mundo del que*

vivimos, el mundo con límites finitos, donde una enorme diversidad de organismos cohabita el planeta con nosotros.

Hasta ahora, la mayoría de las entidades no humanas con las que convivimos –como los microorganismos, las plantas, los animales, los hongos, los océanos o el clima– eran percibidas como «inertes» a nuestras acciones, eran «recursos naturales» para ser explotados; siempre externos, extraños e infinitos. La primera tarea es reconocer que estamos encerrados en un sistema complejo, una civilización enorme, energéticamente expansiva y que necesita alimentarse de otras vidas. Tardamos más de doscientos mil años en alcanzar un tamaño poblacional de mil millones de personas –a principios del siglo XIX–, y en apenas dos siglos nos hemos multiplicado por ocho. Ahora estamos pagando las cuentas de nuestro tamaño. Es urgente que nos demos cuenta del problema más apremiante que enfrentamos: si no somos capaces de cambiar nuestra trayectoria, como humanidad vamos camino a un colapso inminente.

Década tras década, algunos de esos niños nacidos en la mayor ola expansiva de la historia, se están *dando cuenta*[6] de que la civilización que hemos construido pareciera no entrar en el planeta. Los yacimientos de petróleo, además, son cada vez más difíciles de explotar. Al menos desde principios de la década del setenta7, vemos cómo unos pocos se reparten las sobras del botín y se multiplican las historias de precariedad en las orillas más desfavorecidas de nuestra sociedad. En paralelo, algo extraño y nuevo ha comenzado a ocurrir con esa parte del mundo que llamamos «naturaleza». Pareciera que ha comenzado a reaccionar a nuestras acciones. En estos días ya no es posible permanecer indiferente, descansar relajado y disfrutar del mundo que habitamos, porque se ha vuelto un lugar agresivo, peligroso e impertinente.

De repente, comenzamos a darnos cuenta de que el planeta tiene a otros «habitantes» que nos interpelan de manera directa y se meten en nuestras vidas, como los insectos polinizadores

que se extinguen, el borde costero que se degrada, el océano que se acidifica, el clima que se calienta, el desierto que avanza y los bosques que desaparecen.

Los antiguos «recursos» se encarnan, toman nombre y destino propio. Se nos meten de manera prepotente en nuestras vidas. De esa manera, nos resulta cada día más difícil reconocer los territorios que habitamos. ¿Cuál es el planeta que nos alberga?, ¿dónde está la seguridad que tuvimos en nuestra infancia y que anhelamos para nuestros hijos? El monstruo civilizatorio que hemos creado ha liberado y despertado una serie de criaturas y entidades desconocidas, y asustados y desorientados comenzamos a darnos cuenta de que no estamos solos.

Nuestros hijos y nietos no se enfrentarán a una crisis que está por venir ni a una amenaza que los acecha en el futuro,[8] sino a eventos que están detrás de ellos, en su pasado, a las consecuencias de una revolución o, mejor dicho, a una metamorfosis que ya ocurrió.[9] Se tendrán que enfrentar al mundo sobrepoblado y exhausto que les hemos dejado para ser habitado.

El antropólogo y filósofo francés Bruno Latour[10] dijo una vez que toda la sabiduría acumulada durante los últimos diez mil años por las civilizaciones agrícolas ha sido capaz de resolver, de manera relativamente exitosa, los problemas de unos pocos cientos de miles o millones de personas que habitaban un territorio local, por ejemplo, una región o un valle. Sin embargo, y por primera vez en la historia, una civilización debe enfrentar la reacción de la naturaleza a las acciones de ocho mil millones de personas. De alguna manera, lo que llamábamos *naturaleza* ha mutado, ahora es una fuerza que reacciona y nos enfrenta a escala global. Nuestras sociedades están comenzando a experimentar la dependencia y la sensación de fragilidad perdida con la revolución de los hidrocarburos.

Cada vez va a ser más difícil contener nuestra civilización para encontrar un lugar habitable o transformar en habitable el

lugar que ocupamos, un lugar digno de vivir y morir con otros seres vivos, humanos y no humanos.[11] Nuestro desarrollo industrial, material y tecnológico –ese escudo que creíamos que nos protegía de todo lo «externo»– hace tiempo que cruje por todos lados. Nos sentimos temerosos del futuro, de la pérdida de empleos, de la inseguridad, del deterioro de la previsión social, la salud y la educación pública. Nos sentimos perdidos porque tampoco reconocemos como propio ese otro lugar, más extraño y primordial, que es la *naturaleza*. Desconocemos sus habitantes no-humanos, sus entidades y procesos, al punto tal que muchos niños ni siquiera reconocen los animales que les sirven de alimento, acostumbrados a ver solo un pedazo de carne congelada, sin forma, sin olor, y envasada en un paquete de plástico.

Los adultos ni siquiera entendemos bien a quiénes nos estamos devorando día a día, qué otras vidas estamos tomando para mantener las góndolas de los supermercados llenas, nuestros autos funcionando, las vacaciones familiares, los asados de los fines de semana, el pago del colegio de nuestros hijos. Incluso algunos dudan o niegan la existencia del calentamiento climático provocado por la población y el consumo humano.

Ya no tiene ningún sentido seguir conversando de recursos naturales como si fueran un componente pasivo a disposición de los humanos. La revolución que hemos realizado como civilización nos ha traído a un lugar donde ya no hay recursos, lo que hay son múltiples entidades activas, vivas, que reaccionan y nos responden. Ya no es posible explotarlas ni conservarlas. El clima, el suelo, los acuíferos, el nivel del mar, los polinizadores, las florestas tropicales, las praderas, los virus y los ciclos de nutrientes parecieran tener una agenda propia.

Soy un niño nacido durante la Gran Aceleración, uno de los tantos que hemos creado al monstruo que nos persigue. En los últimos setenta años hemos disfrutado de la expansión y el crecimiento, consumiendo cada vez más energía, pero a diferencia

de lo que pasa en las películas de ciencia ficción, no podemos viajar hacia el pasado y volver a escribir la historia para evitar el nacimiento del monstruo que nos persigue. Somos responsables de haber alimentado y nutrido a la criatura que tendrán que enfrentar las generaciones futuras. Como en toda historia donde los monstruos persiguen a los protagonistas, no hay más remedio que darse vuelta y enfrentarlos.

2.
Los dioses son verdes